

EN AMERICA LATINA LOS CRISTIANOS ENTRE LA DICTADURA Y LA REVOLUCION

Ives Materne

FRENTE A LA MISERIA, LA INJUSTICIA Y LA OPRESION. DEL CONSERVATISMO A LA BUSQUEDA DE UNA LIBERACION AUTENTICA

Después de la separación de la Iglesia y el Estado al final del siglo XIX y comienzos del XX, la Iglesia católica de América Latina vive en un régimen de autonomía administrativa, con la eliminación de la antigua institución del "Patronato" que desapareció con la colonia; el catolicismo en la actualidad ya no se considera oficialmente como la religión del Estado en prácticamente ninguna de las naciones del Continente.

Sin embargo, la importancia sociológica del catolicismo es tal que el catolicismo goza de un trato particular: ciertos países, como Colombia, lo reconocen "como un elemento fundamental del bien común y del desarrollo integral de la comunidad nacional" (concordado de 1975). Los gobernantes no pueden menospreciar su peso en el equilibrio de fuerzas políticas de la sociedad. De esta manera, las instituciones eclesásticas continúan teniendo un papel importante en el desarrollo de las instituciones políticas, civiles y militares.

Durante el período que va desde 1959, fecha de la Revolución Cubana, a 1973, año del golpe de Estado en Chile, el comportamiento de la jerarquía católica se resume en dos palabras claves, utilizadas sucesivamente durante los últimos quince años: "transformación", como un hecho social, económico y político, y como invitación a la acción; "Pluralismo" como una norma de la situación de división entre los miembros de la Iglesia, y como doctrina unitaria. En los últimos años surgió una tercera palabra clave: "Los Derechos Humanos y su defensa".

La Reforma de Medellín

De la misma manera que en el siglo pasado, que experimentó la participación de clérigos en el movimiento de emancipación colonial, en la formación de Estados nacionales y en la organización del Estado liberal, actualmente la industrialización y la emancipación económica no pasan desapercibidas dentro de ciertos círculos eclesásticos. Para éstos, Cuba se ha convertido en un punto obligado de referencia, aunque no se lo cite expresamente.

Juan XXIII no se equivocó. Sensible a los nuevos equilibrios mundiales que se buscan, escribe muchas veces a los diferentes episcopados latinoamericanos para, literal-

mente "Despertarlos". Las enseñanzas del Concilio Vaticano II toman algún tiempo en llegar al Continente; pero cuando lo hace, en ese ambiente de agitación, encuentra un medio favorable, preparado por la Renovación pastoral importada de Europa.

Fruto de esta maduración, la evolución del pensamiento en el medio católico encuentra su punto de culminación y de expresión en la Reunión de Medellín (Colombia), en 1968, en la Segunda Conferencia General de Episcopado Latinoamericano. Su inauguración se lleva a cabo en presencia del Papa Paulo VI "momento decisivo del proceso histórico del Continente. . ."; "el umbral de una nueva época de nuestra historia. . ."; "el parto doloroso de una civilización. . .": éstas expresiones resaltan en el texto de las conclusiones de esta reunión. Ellas traducen un hecho económico por unos seiscientos obispos titulares del Continente: América Latina se encuentra en una completa etapa de "transformación". Este fenómeno no puede pasar desapercibido para los católicos, aunque sea por razones diametralmente opuestas. El presidente de la conferencia de Medellín, el Cardenal Landazuri, habla de la necesidad de "comprometerse del lado de los esfuerzos de la emancipación", de "identificarse con los pobres del Continente" y de ejercer "la función profética del amor: denunciar lo que oprime al hombre".

Los objetivos son claros, pero los medios propuestos no lo son. A pesar de un acuerdo aparente, graves divergencias persisten en el seno del episcopado. Ellas no tardarán en manifestarse.

De la división al pluralismo

El programa de Medellín fue simple en su enunciado: "La búsqueda de un tipo de presencia más intensa y renovada de la Iglesia en la transformación actual de América Latina".

Sus caídas serán una dura prueba para la jerarquía católica de los diferentes países del Continente. En el transcurso de los años siguientes, después de 1968, los obispos se enfrentan en efecto a un doble movimiento cuyas contradicciones se agudizarán. Por una parte, la toma de posición política de tipo socialista por los cristianos, especialmente por sacerdotes y religiosas que se reclaman del "Espíritu de Medellín". Por otra parte, las actividades de grupos integristas y la presión de fuerzas conservadoras de la Iglesia.

"Sacerdotes para el Tercer Mundo" en Argentina, "Sacerdotes para América Latina" en Colombia, "Sacerdotes para el pueblo" en México, "Cristianos para la liberación" en Ecuador y Argentina, "Cristianos para el Socialismo" en Chile, "Iglesia y Sociedad en América Latina" en Bolivia, "Iglesia Solidaria" en Perú: todos estos grupos, entre otros, representan a cuenta propia el análisis político subyacente a los documentos de Medellín. El subdesarrollo no es un retraso del desarrollo, sino que es un fenómeno de dependencia; la acción a realizar pasa entonces por una modificación estructural de las relaciones de dependencia interna y externa. La "teología de la liberación" inspira esta corriente de pensamiento y de acción que se siente evangélica en el plano de la fe, popular en cuanto a su estilo de vida y socialista desde el punto de vista político.

Es precisamente la "teología de la liberación" la que da lugar a las fuerzas conservadoras de la Iglesia a manifestarse fuertemente a partir de 1972. Desde esta fecha, la nueva oficina del CELAM, organismo de coordinación continental de episcopados, se dedica a contrarrestar esta corriente de pensamiento. En este aspecto se ve completamente sostenida por el Vaticano —en particular por la Comisión Pontificia para la América Latina— quien se siente inquieto por la evolución de los católicos en el Continente. Como un ejemplo de esta ofensiva en regla podemos mencionar el caso del poder de Veckemans, en Colombia, jesuita belga que salió de Chile acusado de haber recibido dinero de la C.I.A. para su centro de estudios sociales.

Del lado de los integristas, la actividad de sus diversos movimientos no es de ninguna manera menospreciada en la medida en que, además de las campañas ruidosas de "tradicción, familia y propiedad" comenzada en Brasil y que se expandió hacia Argentina, Chile y Colombia, esta corriente de pensamiento inspira directamente a un cierto número de agrupaciones. Es el caso, en particular, de los "Hispanistas" en Chile que surgió de la Universidad Católica hace alguna decena de años.

Sujetos a fuertes presiones internas, y sensibles a las numerosas solicitudes de los poderes locales, los Episcopados latinoamericanos no tienen otro camino sino el aceptar la división de los católicos. Para ellos, la tarea prioritaria es, por lo tanto, la de salvaguardar la unidad formal de la Iglesia. En el tiempo de Allende, así como bajo Pinochet, se nota este esfuerzo constante del Episcopado chileno. Su declaración de 1971 titulada "Evangelio, política y socialismo" sigue con valor actualmente: "el servicio de la unidad" entregada por la Iglesia es "un servicio capital en la época en que vivimos". La unidad de los católicos en la divergencia de elegir su propia sociedad no es posible sino mediante "el respeto al pluralismo político".

Así, sin negar la experiencia de Medellín, la jerarquía católica ha sido empujada a aceptar abiertamente estas divisiones internas. Ella mide los riesgos de las tensiones considerables de las que ella es el motivo: la fragmentación del bloque católico. La consigna del "pluralismo" está en la lógica de su comportamiento.

Paradójicamente, a pesar de las duras críticas contra

el carácter artificial de esta unidad, los católicos de izquierda miden esta importancia por ellos mismos. Por ejemplo, los diferentes "cristianos para el socialismo", saben que tienen más influencia política como grupo dentro del movimiento de la Iglesia que como fuerza suelta unida a un partido. Es porque introducen dentro de la Iglesia un factor de desequilibrio favorable a las corrientes de izquierda.

Los Derechos Humanos

Para los sectores de la Iglesia sensibles a la problemática social, económica y política del Continente, el respeto a los derechos humanos se ha convertido en el nuevo centro de cristalización de los esfuerzos pastorales. Es en efecto la intensificación y la generalización de la represión, con su séquito de arbitrariedades, de torturas y de asesinatos, lo que empuja a los episcopados a definir como algo esencial la defensa de los derechos humanos. Su esfuerzo en este sentido es mucho más grande que lo que significan los sectores eclesiásticos afectados directamente por la represión.

Pero es también la permanencia de problemas fundamentales aún no resueltos en la Sociedad Latinoamericana lo que autoriza la acción de los cristianos: principalmente el derecho a la tierra, a la salud y al trabajo. Lejos de no estar preocupados más que de ellos mismos y de no defender más que sus intereses, la Iglesia se esfuerza, a través de sus miembros más lúcidos y más avanzados, en defender los intereses de los campesinos y de los obreros. En la ausencia de los medios normales de la sociedad que son los sindicatos y los partidos, la Iglesia juega un papel de "sustituto político", como dicen los politólogos, o de "tarea profética" como dicen los teólogos.

Es necesario señalar aquí la importancia del trabajo insustituible efectuado por estas organizaciones eclesiásticas como las comisiones de Justicia y Paz del Brasil, de El Salvador y de Bolivia, por mencionar las más conocidas; o el Comité Euménico de Cooperación para la Paz en Chile, actualmente disuelto por órdenes del General Pinochet, pero que continúan bajo otras denominaciones.

Esquemmatizando, se puede concluir que, considerada a nivel de su jerarquía, la Iglesia Católica no aparece como revolucionaria: ella rechaza utilizar el análisis marxista de la sociedad. Ella no aparece tampoco como tradicionalista: en Chile, en su tiempo, no rechazó colaborar con un Régimen Socialista. En Perú, reemplazó en ciertos momentos las fallas ideológicas del Régimen. En Brasil, tiende a seguir siendo "la voz de los hombres sin voz". Ella se siente, en el estado actual de la evolución suramericana, el lugar de una unidad posible a pesar de las contradicciones de un pluralismo que llega hasta las elecciones políticas más extremas. Ella quiere salvaguardar una unidad en el plano que le parece esencial, el de los valores de la fe cristiana. Estima que al lado de la acción política, pero sin ser reducible a ella, la fe vivida es también una fuerza de liberación.

El futuro hablará de la verdad de este análisis. Mientras tanto, el hecho de que la represión política evita cada vez más los medios católicos —y cristianos en general— muestra que las alternativas de Medellín no son, en la realidad, cuestionadas.